NAMIBIA • 26° 41′ S - 15° 14′ E

KOLMANNSKUPPE

La arena como tumba

No hay que aventurarse en esta ciudad si uno tiene miedo a los aparecidos. Algunos viajeros asustados afirman haberse cruzado con fantasmas errantes por las casas abandonadas que la arena va sepultando día a día. Situada a unos kilómetros de la ciudad portuaria de Lüderitz, la única ciudad habitada en 130 kilómetros a la redonda, Kolmannskuppe es la curiosidad turística del desierto de Namib. Para llegar hasta allí hay que presentar una autorización individual en toda regla. Sin este «ábrete sésamo», es inútil intentar penetrar en esta zona prohibida al público, bordeada por las aguas del océano Atlántico y desplegada sobre 26 000 kilómetros cuadrados desde la ciudad de Oranjemund, en el sur de Namibia, hasta la frontera sudafricana. La razón es puramente económica: el subsuelo contiene yacimientos de diamantes y las autoridades prefieren controlar el territorio. La ciudad de Kolmannskuppe –Kolmanskop en lengua afrikáans– no hubiera existido sin estos famosos diamantes que hicieron su fortuna... y provocaron su decadencia.

Un famoso diamante que hizo su fortuna... y provocó su decadencia.

En 1908, cuando la actual Namibia, llamada África del Sudoeste, era un protectorado alemán, un obrero negro empleado en la construcción del ferrocarril recogió por casualidad una piedra que resultó ser un diamante. En cuanto se supo la noticia, se produjo la avalancha. En plena fiebre minera, surgió, como una seta, una ciudad que en pocos años se convirtió en una de las más prósperas de África. Comunicada con Lüderitz por un tranvía, Kolmannskuppe tenía su casino y su teatro, sus escuelas y su piscina, sus tiendas y sus grandes almacenes que vendían las últimas novedades de Berlín. Contaba incluso con un hospital, uno de los primeros del continente africano en estar equipado con rayos X. Las mercancías más preciadas llegaban procedentes de Alemania y de Francia, mientras que el agua potable, que costaba allí más cara que la cerveza, se canalizaba a un elevado coste. Hay que reconocer que el dinero no era un problema y se decía incluso que las calles se barrían cada mañana para sacar la arena que regresaba obstinadamente, llevada por el viento. Como en todo colonialismo, las comodidades y el confort de aquella «Pequeña Alemania» estaban reservadas a los ingenieros y los mandos de la sociedad germana, que gozó del monopolio de los derechos de extracción. Por su parte, los